

La serpiente adámica en el pensamiento de Paul Ricoeur: algunos apuntes

*(The Adamian Serpent in Paul Ricoeur's Thought:
Some Notes)*

Francisco Javier Bernal Aceró

National University of Distance Education - ES

Abstract

In this work, we present some significant points of Paul Ricoeur's thinking on the character of the serpent in the Adamic myth. Ricoeur studies this myth in depth, subjecting it to a process of demythologization that allows for a proper understanding of the symbol, in which the serpent stands out as an ambivalent character. Despite its identification as the «Other», the serpent maintains substantial affinities with man, such as its intelligence and nakedness, but it also maintains notable differences, such as its «cunning for evil» compared to human innocence. This evil is exposed by Ricoeur in successive degrees of exteriorization, leading to the analysis of the traditional identification of the serpent with the figures of the devil-demon-Satan. Throughout the theme, as Ricoeur proposes, there remains a residue of uncertainty, a remnant impossible to demythologize, which ultimately leads us to continue asking ourselves what or who the serpent really is.

Keywords: serpent, evil, devil, Satan, Ricoeur

Resumen

Presentamos en este trabajo algunos puntos significativos del pensamiento de Paul Ricoeur sobre el personaje de la serpiente en el mito adámico. Ricoeur estudia dicho mito en profundidad, sometiéndolo a un proceso de desmitologización que permita una comprensión adecuada del símbolo, en el cual destaca la serpiente como personaje ambivalente. Pese a su identificación como el «Otro», la serpiente guarda afinidades sustanciales con el hombre, como su inteligencia y su desnudez, pero mantiene también notorias diferencias, como su «astucia para el mal» frente a la inocencia humana. Un mal que es expuesto por Ricoeur en grados sucesivos de exteriorización, hasta desembocar en el análisis de la identificación tradicional de la serpiente con las figuras del diablo-demonio-Satanás. En todo el tema, según lo plantea Ricoeur, queda un residuo de incertidumbre, un resto imposible de desmitologizar, que nos lleva al final a seguir preguntándonos qué o quién sea realmente la serpiente.

Palabras clave: serpiente, mal, diablo, Satanás, Ricoeur

1. Introducción

En el contexto bíblico, tan profusamente abordado por Paul Ricoeur, la muerte es consecuencia del pecado de Adán, del primer pecado, el pecado original, del que brota la figura protagonista de este trabajo: la serpiente del mito adámico.

La reflexión sobre esta cuestión ha de enmarcarse entre los dos polos que centran el trabajo de Ricoeur: crítica y convicción, filosofía y teología, razón y fe. En su autobiografía intelectual, Ricoeur expone aquellos elementos de su vida privada que considera significativos para su trabajo filosófico (ver Ricoeur 1995: 11). Señala entonces (ver 14) cómo en sus inquietudes se da una concurrencia entre su formación intelectual y su educación protestante, con un nexo común entre ambas, que será la lectura asidua de la Biblia, que él mismo reconoce

no tenía ánimo literalista (ver Ricœur 2003: 16), sino más bien pneumatológico, y, como tal, abierto a la interpretación. Ricœur es reconocido como un fiel y comprometido protestante de la Iglesia Reformada de Francia¹, de inspiración calvinista (ver Gisel 1995; Dosse 1997), aunque manteniendo una posición cristiana que él mismo califica de «periférica» (ver 2003: 215). Y aunque por parte de la línea familiar de su abuelo paterno la teología liberal, muy centrada en la desmitificación bíblica, formó parte de dicha educación (ver 2003: 15-16), en ella se puede rastrear cierto sustrato de la enseñanza tradicional de Calvino sobre la serpiente del Paraíso, y, por tanto, su identificación con Satanás (ver Calvino 1999: L II, C I, 164).

La reflexión, entonces, de Ricœur sobre nuestro tema, va a quedar plasmada principalmente en sus estudios dentro de la *Simbólica del mal* y en su interpretación, que aquí recogemos.

2. La muerte y la serpiente

Comenzamos, pues, recordando con San Pablo (Rm 5, 12), que la muerte entra en el mundo por el pecado, el pecado de un hombre, de Adán, y que de él pasó a todos los hombres. Pecado genérico, sin entrar aquí en las consideraciones sobre el pecado original en las que también se adentrará Ricœur (ver *El "pecado original": estudio de su significación* en 2003b). La muerte, entra, pues, en el mundo por el pecado. Pero también el libro de la Sabiduría nos dice que la muerte

¹ Sobre esta cuestión, pese a que Gisel (1995: voz Paul Ricœur) califique a Ricœur de «membre fidèle et engagé de l’Église réformée de France», que participe también asiduamente en las celebraciones dominicales en su estancia en Le Murs Blanc (ver Dosse 1997: 279) o que asista a las predicaciones de los pastores (ver Dosse 1997: 280), en cuanto a su identificación con las doctrinas de las confesiones oficiales, en *Critica y Convicción* (ver Ricœur 2003: 215-216) Ricœur expone, por ejemplo, cómo, al menos respecto a la cuestión de la supervivencia personal y la resurrección, sus posiciones especulativas pueden considerarse cristianas, aunque admite que puedan ser calificadas de «periféricas» respecto a la teología dominante. Consideramos significativo este punto, ya que, aunque Ricoeur siempre separó filosofía y teología, su posición religiosa permite rastrear algunos aspectos de la misma en las raíces e influencias que subyacen en su trabajo como filósofo.

entra por envidia del diablo (Sb 2, 13). Todo esto constituye para Ricoeur «el mito adámico», en el que el protagonista es ciertamente el hombre, Adán, hombre prototipo. Pero no es el único. También está Eva, y, sobre todo, también está la serpiente. Y Ricoeur va a dedicar páginas muy sugerentes a este ofidio protagonista secundario, o quizás no tan secundario, después de todo. De hecho, el capítulo 3 del Génesis, donde se narra la tentación y la caída, comienza directamente con ella: «La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo» (Gn 3, 1).

Será en *Finitud y culpabilidad* donde Ricoeur va a profundizar en el mito adámico y en el papel que allí desempeña la serpiente, cuya «astucia» precede e introduce dicha caída (ver Ricoeur 1969: 505). Término, éste, discutido por Ricoeur, a quien parece más adecuado denominarlo «alejamiento» (ver 544), aunque lo mantiene por uso común.

Al hablar, entonces, del mito de la caída, para contextualizarlo, hay que recordar el significado de mito en Ricoeur, como relato tradicional de un «acontecimiento», que en este caso es único y originario, línea de ruptura entre dos sistemas ontológicos, el del estado de inocencia inicial y el posterior a la caída (ver 563). Dicho relato mítico, establece una forma de pensar y comprenderse a sí mismo del hombre, permitiendo descubrir nuevos lazos de unión con lo sagrado (ver 237–238), antes oscurecidos. De igual forma, en su aspecto «folclórico», el mito recoge la faceta «demónica» de la experiencia del mal, articulándola mediante un lenguaje elaborado (ver Ricoeur 2006: 31). Porque como recuerda Ricoeur, el mito, el símbolo, «da que pensar» (Ricoeur 1969: 549) y estimula la especulación (ver *Ib.*). Por eso, de lo que se trata en su estudio sobre la caída, es de eliminar la parte de falso-saber, de pseudo-saber que incorpora dicho mito, pero manteniendo lo que quiere transmitirnos, en el proceso que Ricoeur entiende como desmitologizar, frente a la eliminación de la

totalidad de su saber que implicaría una desmitificación (ver 448).

Retornando, pues, a la serpiente, ésta, como mito, no es sólo bíblica. Víboras y dragones son también monstruos de otras mitologías como la babilónica (ver 469), incluso con similitudes como la fruta prohibida y la planta arrebatada a Gilgamesh (ver 485). Pero la universalidad de la serpiente adámica le confiere una significación especial.

3. El drama y su papel

Nos encontramos entonces con un drama en el que intervienen varios personajes, y que tiene lugar en diferentes escenas. Como figuras centrales, Yahveh, el creador, y Adán, su criatura, el hombre primordial. Luego Eva, y finalmente, la serpiente, como rival de Eva, como Adversario, como el Otro que acabará desembocando en el diablo o demonio, en Satanás (ver 546).

Pero en este drama, ¿qué es lo que hace la serpiente? El relato es suficientemente conocido, por lo que no vamos a entrar en sus detalles. Sólo en tres de aquellos en los que se detiene Ricœur. Por ejemplo, la serpiente insinúa la duda. Así, le pregunta a Eva sobre lo relativo a comer de todos los árboles: «¿Ha dicho Dios realmente...?» (Gn 3, 1) (ver Ricœur 1969: 572–574). Aunque aquí encontramos un problema en cuanto a la traducción o la versión de la Biblia empleada, que en algunas es del tono de ¿Así que Dios os ha dicho...?, lo importante es la duda sembrada. Una duda a partir de la cual surge el deseo, que se hace dueño de la voluntad, de la acción, del conocimiento: «conoceréis el bien y el mal», dice el relato. Se produce entonces un hábil juego de engaño, en el que se mezcla parte de verdad, lo que lleva a Ricœur a afirmar: «la serpiente no mintió del todo» (574), pues efectivamente se inicia el discernimiento humano. Pero se trata de una verdad parcial, que no incluye sus consecuencias. Se abre con ello camino una «cierta experiencia de lo infinito», aunque, como señala Ricœur, de un

«infinito» malo, insaciable, de deseo humano, de ser otro, de tener más, apetito de placeres, de posesión, de poder, de conocimiento, y todo ello, ocultando la finitud del hombre.

¿Y cómo es la serpiente? La serpiente no es un animal más. Es, desde luego, el más astuto. Pero, como recuerda LaCocque, citando a Claus Westermann, en *Pensar la Biblia*, obra conjunta con Ricoeur (ver 2001: 37), entre el hombre y la serpiente se da la afinidad de la distinción: ambos son de una categoría diferente al resto de criaturas por su inteligencia, pero también difieren entre sí por su «desnudez»: la del hombre es inocencia: no siente vergüenza de ello, pero la de la serpiente es vaciedad, es soledad, no tiene compañeros de su especie. Por ello, rompe los límites, propios de cada especie para corromper a otra, a la pareja humana, obligándolos como consecuencia a compartir su soledad. Y lo hará utilizando su astucia, pero astucia mortal: por ella entra la muerte en el mundo. Se introduce el mal.

4. El significado del mito ofídico: tres niveles

El significado del origen de este mal en el mito adámico ha sido entendido ampliamente como puramente interior al hombre, producto de su subjetividad, de su voluntad y libertad, y expresado mediante la tentación, elaborada por una psique, la de Adán como hombre primordial. Pero a Ricoeur esta explicación le parece insuficiente. Además de esa interioridad humana, donde intervienen conceptos como culpabilidad o pecado (ver Ricoeur 1969: 241), Ricoeur va a detectar un carácter «exterior» irreductible en el origen de ese mal. Por eso va a desarrollar la significación de la serpiente en una profundización de exterioridad creciente en tres niveles.

En primer lugar, la serpiente como representación del aspecto «cuasi-exterior» de una «seducción ejercida desde fuera» (577), de forma tal que la serpiente sería una parte inadvertida de nosotros mismos por la que nos autoseducimos, proyectándonos en un objeto

exterior. Efectivamente, aquí no se trata de un «exterior» real, sino de una pseudoexterioridad en la que, eso sí, nos disculpamos achacando la culpa a «Otro», como se ve en la respuesta de Eva: la serpiente me engañó. Se trata de un mecanismo análogo al de la «ley del pecado» en San Pablo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Pero cuando hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí» (Rm 7, 19-20). Un pecado que así se «exterioriza».

Si maximizamos el aspecto «cuasi-exterior» anterior, para Ricœur la serpiente llega a representar «la proyección psicológica de la concupiscencia» (Ricœur 1969: 578), de esa tendencia al mal presente en el hombre desde la caída.

No obstante, lo anterior, como se ha dicho, se trata en realidad, en ambos casos, de una pseudoexterioridad, una representación de la autoseducción. Y para Ricœur, el carácter exterior del mal, en una segunda aproximación, está encarnado en la serpiente de un modo mucho más radical y múltiple (ver 579). Porque la serpiente constituye el símbolo de una experiencia histórica que cada uno podemos comprobar, y que Ricœur recogerá señalando que «el mal estaba ya allí; nadie lo comienza del todo». De alguna forma, siempre hay un mal previo. Siendo así que Adán representa el «hombre prototípico», inicia lo que sería la experiencia de la «sucesión» de los hombres. Y entendido de este modo, el mal pasa a ser algo que «se transmite», una tradición que se hereda, yendo más allá de un acontecimiento único. Y por eso la serpiente es lo contrario a lo que tiene comienzo, apareciendo directamente en el Edén, iniciando así, como se ha señalado, el capítulo 3 del *Génesis*, que arranca directamente con ella.

Pero la radicalidad del mal exterior que simboliza la serpiente puede ser incluso mayor. Más allá de la auto-tentación, más allá de nuestra concupiscencia, o de la herencia de un mal preexistente, Ricœur encuentra un tercer escalón, encuentra una estructura cósmica

en ese mal (ver 580). Para él, si contemplamos el mundo, la naturaleza, la historia y al hombre formando parte de todo, la crueldad parece rebosar en cada pliegue de la realidad, haciendo brotar, nos dice Ricoeur, «el sentimiento de que todo el cosmos es un puro absurdo» (*Ib.*). Aparece así un lado oscuro del universo entero como elemento trágico, con el que la serpiente, en el drama de la caída, guarda ciertamente afinidad.

Encontramos entonces un mal identificable con ese lado tenebroso, con esa oscuridad, con ese caos simbolizado en la serpiente, en una escalada de exteriorización que va desde el interior del hombre, de los hombres, hacia todo aquello que nos rodea. Ricoeur lo expresará como: «el caos *en nosotros, entre nosotros y fuera de nosotros*» (*Ib.*). Porque, con la serpiente, el mal ya no es sólo producto del actuar humano, sino que «el ofidio representa la cara del mal que escapa a la libertad responsable del hombre» (581).

5. La serpiente y Satanás

Tenemos hasta aquí varias interpretaciones sobre lo que la figura de la serpiente representa. Pero no se puede dejar de considerar aquella que la identifica con el diablo o demonio, con Satanás.

Ricoeur considera que la visión presentada hasta ahora, la que se plasma en el libro del Génesis y hemos analizado, está todavía lejos del «Satanás de los tiempos persas y helénicos» (576) que se menciona en otros libros bíblicos, como el de la Sabiduría o el Apocalipsis. Pero podemos avanzar en su camino.

En una primera aproximación, la serpiente es «el Otro», el Adversario, al que Ricoeur (ver 655) identifica como «polo de una contraparticipación, de una contrasemejanza», de modo tal que al acto malo del hombre (al mal como producto de la libertad humana), se le contrapone lo que denomina «un foco de iniquidad». Y el símbolo de esta iniquidad es el Maligno, la concreción de lo diabólico. De esta

forma, el hombre será responsable de una parte del mal, que deberá asumir, pero no de aquella parte que corresponde a ese misterio de iniquidad, pese a su colaboración con él, inevitable en cada acto malo.

Por eso, aunque el mal se imbrique directamente con la libertad del hombre, éste no puede considerarse el mal absoluto. Ricœur nos dice (ver 581) que el hombre acaba siendo un: «malo de segundo grado», es decir, «el malo por seducción de otro más malo». Por eso no es el Malo o el Maligno, sino sólo malo o malvado. Y lo es cuando «cede» al «principio del mal», representado en la serpiente.

Tras lo arriba visto, con la evolución del símbolo de la serpiente hacia la idea de demonio o Satanás, surge una cuestión en la interpretación de Ricœur sobre el significado más exterior de la serpiente, como residuo de un mal que ya se encontraba presente. Se trata de la radicalidad máxima de ese mal, continuación de la herencia del mal preexistente, que es caos, oscuridad, tiniebla. Ante este lado tenebroso, la serpiente parece encontrarse sencillamente ahí. Luego hay un «algo» anterior a ella, un mal del que ella es continuación, incitando a la caída del hombre.

¿Hay alguna referencia bíblica que nos conduzca a un acontecimiento anterior con el que identificar estos restos míticos, y como consecuencia, a la posterior identificación de la serpiente con figuras diabólicas? La respuesta la tenemos al considerar que la caída del hombre creado, seducido por la serpiente, es en realidad la segunda caída bíblica. De la primera, encontramos las referencias en la carta de Judas Tadeo (Jd 6) o en II Pe 2, 4: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en el infierno». Es decir, estamos ante la caída de los ángeles rebeldes, con Lucifer, después Satanás, a la cabeza. Ciertamente, no encontramos en la Biblia, respecto a este acontecimiento, una narración similar a la de la serpiente adámica, tan descriptiva. Sólo referencias como las señaladas, como constatación de un hecho conocido por la tradición. Se ha de recurrir, para entrar

en detalles, a fuentes fuera del canon bíblico (salvo para algunas iglesias ortodoxas), como el libro de Enoc. Quizás sea por esto por lo que Ricoeur no entra en la desmitologización de esta primera traición, la angélica. Pero parece significativo que no haga alguna alusión a ello, como ha señalado Peña Vial (ver Peña 2009: 41–44), fuera de alguna breve referencia que hace Ricoeur a una «realidad demoníaca prehumana» (Ricoeur 1969: 581), o a la caída precósmica de los valentinianos o al principio de las tinieblas maniqueo, en su ensayo sobre el pecado original (Ricoeur 2003b: 251). Máxime cuando, de hacerlo, cobra sentido el carácter de «antigua» de la serpiente, como anterior a la creación de Adán.

Por ello, la referencia a «un mal que está ya ahí» (Ricoeur 2001: 62) cuando aparece en el mito adámico directamente la serpiente («quién sabe de dónde»; *Ib.*), al ser confrontada con una narración en la que sí se narra un origen para ese mal, parece requerir una interpretación adicional, que echamos de menos en los textos analizados de Ricoeur. En este sentido, comentando que en el Nuevo Testamento el Hijo del hombre va a aparecer, entre otras características, como juez y como testigo, Ricoeur señala que, por el contrario, Satanás es presentado como el *Antidikos*, el Adversario, y añade: «isoprendente metamorfosis de la serpiente del paraíso!» (Ricoeur 1969: 597). Pero esto sólo parece sorprender si no se tiene en cuenta la primera caída. Razón de más para haber profundizado en ella en este contexto.

6. Un final abierto

Lo expuesto hasta ahora representa una muestra del pensamiento de Ricoeur sobre la figura de la serpiente dentro del mito adámico. De todas las ideas presentadas, se puede extraer una consecuencia que parece remarcable. Y es que diversas expresiones recogidas en los textos de Ricoeur, se conjugan para apuntar a un final abierto en la

interpretación global del mito ofídico, dadas las posibilidades que ofrecen.

Por ejemplo, la serpiente es el tentador que llega a la escena del drama, como se ha señalado, «quién sabe de dónde» (ver Ricœur 2001: 62). La serpiente impulsa el cambio del deseo humano, y lo hace sea quien fuere o lo que fuere (ver *Ib.*). En ese drama narrado, la serpiente ya se ha desmitologizado, pero lo ha hecho en un proceso que sólo puede ser parcial, porque, nos dice Ricœur, «... su papel es tal que no puede ser desmitologizado del todo» (*Ib.*; nota 20). Se presenta, pues, como remanente, una cierta incertidumbre respecto a la serpiente.

Y sin embargo, Ricœur se resiste a dejar abierta esa vía. Así, a partir del último escalón en la exteriorización del mal simbolizado con la serpiente, que arriba mencionamos, para Ricœur la especulación sobre el significado de la serpiente, y sobre todo la especulación religiosa, entra en un campo que considera (ver Ricœur 1969: 581–582) inaccesible a la comprobación que le compete, y que reduce al que llama «espíritu de penitencia y arrepentimiento», fuera del cual «sólo puede construir castillos en el aire». Con lo que parece acotar la especulación de otros posibles significados. Lo mismo sucede en cuanto al tema del Maligno, que considera ha de encuadrarse en ese mismo espíritu penitencial, y dentro del cual «no pasa de ser nunca más que una figura límite con que se designa ese mal que yo no hago más que continuar en el mismo acto con que lo comienzo y lo introduzco en el mundo» (582).

Pero, pese a que lo anterior representa también una desmitologización de la figura de Satanás, que según Ricœur debe ser restringida a ese ámbito penitencial, ámbito de la confesión de los pecados, del mal personal cometido, se ha de excluir, también, «la posibilidad de que se llegue a suprimir jamás de la antropología del mal la especulación sobre Satanás» (*Ib.*). Para él, la tentación de la serpiente, en los diferentes sentidos contemplados, se concreta como

más significativa en una «estructura quasi-exterior», que es estructura de pecado del hombre, y fuera de la cual «no sabemos qué es Satanás, ni quién es, ni siquiera si es alguien» (*Ib.*). Pero, y ahí radica la apertura en la conclusión, el hecho de que no sepamos qué es Satanás, no impide que sea.

El pensamiento de Ricoeur sobre el significado de la serpiente del Paraíso, que aquí hemos presentado, no es compartido en algunos casos, como muestran por ejemplo Moya Mena (2006) y Peña Vial (2009) en sus críticas. No obstante, en nuestra conclusión, nos quedamos con la puerta abierta que establecen las afirmaciones de Ricoeur: parece que se nos escapa lo que sea la serpiente. Por tanto, como mito, como símbolo, va a seguir dando que pensar.

Referencias

- Calvino, J. (1999). *Institución de la religión cristiana*. Barcelona: Fundación Editorial de Literatura Reformada.
- Dosse, F. (1997). *Paul Ricoeur: les sens d'une vie*. Paris: La Découverte.
- Gisel, P. (1995). Voz *Paul Ricoeur*, en *Encyclopédie du protestantisme*. Paris: Du Cerf.
- Lacocque, A. - Ricoeur, P. (2001). *Pensar la Biblia. Estudios exegéticos y hermenéuticos*. Barcelona: Herder. Trad. de *Thinking Biblically* (1998).
- Moya Mena, S. (2006). *La exterioridad del mal en Paul Ricoeur*, en Revista Espiga, nº 13, UED Costa Rica.
- Peña Vial, J. (2009). *El mal para Paul Ricoeur*, Cuadernos de Anuario Filosófico. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Ricoeur, P. (1969). *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus. Trad. de *Finitude et culpabilité* (1960).
- Ricoeur, P. (1995). *Réflexion faite. Autobiographie intellectuelle*. Paris: Esprit.

- Ricœur, P. (2003). *Crítica y convicción. Entrevista con Francois Azouvi y Marc Launay*, Madrid: SÍNTESIS. Trad. de *Le critique et la conviction* (1995).
- Ricœur, P. (2003b). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Trad. de *Le conflit des interprétations* (1969).
- Ricœur, P. (2006). *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires: Amorrortu. Prólogo de Pierre Gisel. Trad. de *Le Mal: un défi à la philosophie et à la théologie* (1986).

